

Alberto Ried

Adrienne Isoar



N el «rayón» de artículos para hombres, encontraban por fin lo que buscaban. Arcadio consultó repetidas veces el gusto de su amigo chileno y se resolvió por un modernísimo «swetter» con dibujos de estilo Tutankamon, lanzado al comercio elegante, a raíz del gran descubrimiento de la tumba del faraón.

—«Puede usted estar seguro del éxito de su obsequio. Hace poco, el joven Rey de Portugal, don Manuel, se compró uno parecido, que luce ahora en su destierro en las playas de Archachon, dijo sonriente la empleada.

—«¿Podría hacerlo despachar usted a San Sebastián, a esta dirección? Preguntó Arcadio a la bella vendedora.

—«Con el mayor gusto, repuso la comedida empleada, mientras doblaba cuidadosamente la prenda que el joven artista cubano enviaba como regalo de cumpleaños, a uno de sus más íntimos amigos, residente en el gran balneario español.

—«¿Qué hermoso tipo de mujer tiene usted, señorita?, prosiguió. ¿No le han hecho jamás un retrato al óleo? Soy pintor y me ofrezco entusiastamente para ejecutar ese trabajo, que de seguro, dada la calidad de la modelo, será para mí un éxito completo y alguna recompensa en el próximo salón de

París. Es usted una cabeza viviente del Veronés, se lo aseguro: y parece usted española.

La mujer rió de buena gana, mostrando una sarta de alblsimos y sólidos dientes y unos labios sensuales, sombreados por ligero bozo.

—«No soy española ni hermosa, dijo luego, ni creo en un ofrecimiento galante, más que sincero, como aquel que usted me acaba de hacer. Tampoco soy señorita».

Vestía un traje negro de creppe, era oscura y compacta su cabellera, como eran también negras y copiosas sus cejas.

—«Soy francesa, continuó, y por añadidura viuda de guerra... Desde que estoy sola, no salgo a parte alguna, de modo que aun cuando usted quisiera realizar lo que me promete con tanta liberalidad, sería inútil, porque no me prestaría. Mi vida actual se reduce a trabajar, a trabajar sin descanso; es necesario; ¡qué vamos a hacerle!

Arcadio dijo entonces respetuoso: —«Perdone, señora; es usted muy bella y joven; fácil es en consecuencia, para un artista como yo, haberla supuesto un divino modelo para mi taller.

Insisto, sin embargo, en que usted perdone en lo que puede usted haber tomado como una osadía de mi parte. Insisto también en manifestar a usted que estoy dispuesto, en cualquier momento, a ejecutar este retrato. Aquí tiene mi nombre y mi dirección y alargó a la dama su tarjeta de visita, despidiéndose con una reverencia.

Al llegar a la puerta principal de los grandes almacenes Aux Dames de France, los dos amigos se detuvieron para comentar el fugaz episodio, pero, no sin sorpresa, diéronse cuenta, de que, Adrienne Isoar que así se llamaba la vendedora, salía corriendo, para dar alcance a su nuevo cliente. Traía un bastón de caña de la India entre sus manos y que Roberto, distraídamente, había dejado sobre la vitrina. —«El señor ha olvidado este bastón», repetía, y «aquí lo tiene». —Gracias, repuso el aludido y los hondos ojos de aquella mujer, lo acariciaron con ternura.

Ya en la calle se separaron los dos amigos, pero todo el día la mirada de Adrienne persiguió obcecadamente a aquel hombre, que esa tarde quedó solo, en la inquieta ciudad meridional, en donde Arcadio era su único amigo y hermano de raza. Impulsado por una irresistible necesidad de hablar con alguna mujer, a las cuatro de la tarde, volvió sus pasos hacia los grandes almacenes y se dirigió decididamente hacia el departamento en que se hallaba la bella empleada. Adrienne lo recibió con manifiesta simpatía. —«¿Ha olvidado usted alguna otra cosa?, le preguntó; ¿o desea usted comprar algo más? Hay lindas corbatas, camisas de seda, también pañuelos finísimos, recientemente aparecidos en París»..

Roberto no pudo por más tiempo contener su impulsividad y, atenuando un poco su voz ronca le dijo: —«Señora, soy un desesperado. No necesito nada, sino que hablar ahora mismo con una mujer como usted y, aunque aparezca ante sus ojos como un insensato, un gran cándido, o un mal educado, he de decirle, que es usted quien podrá comprender mis preocupaciones, mi exasperación. Presiento en sus miradas, que revelan toda la bondad del mundo, el consuelo que busco en mis afanes. Soy extranjero, chileno; no tengo otro amigo aquí, que aquel pintor cubano que se presentó conmigo esta mañana. No quiero que ni él, ni nadie sepa que he vuelto como un espía, como un cobarde, en demanda de un poco de compasión. Comprendo que no es este el sitio indicado para una entrevista como la que necesito tener con usted.

«Concédame esta suprema gracia, que al serme denegada, bien podría ocurrir que mañana usted leyera el lamentable desenlace de un drama sentimental, que ha llegado a un epílogo verdaderamente pavoroso».

La mujer escuchó serenamente estas insólitas declaraciones y repuso sin vacilar. —«Antes que nada soy madre y francesa; no debo ni puedo eludir la responsabilidad que usted me echa encima. Mejor dicho, se la agradezco. Si es usted tan desventura-

do, mi corazón, nutrido por todos los dolores del mundo, no podrá negarle a usted alguna palpitación de consuelo. Mis desventuras han de ser, seguramente, mucho mayores que las suyas, pero, en todo caso, hoy será imposible que pueda acceder a su petición. Es intempestiva la hora, como lo es la oportunidad. Aun cuando, como ya se lo he dicho a su amigo, desde que enviudé, no salgo jamás a parte alguna, mi alma de mujer, me obliga, en este caso particular, a quebrantar mis propósitos. Espéreme mañana, a las siete de la tarde, en el peristilo del gran teatro. Seré puntual, de ello puede estar seguro.

—«Gracias, repuso Roberto conmovido y le estrechó fuertemente la mano, para salir cabizbajo hasta la calle. A paso lerdo, sumergiöse en el bullicioso y extranjero torbellino, por las aceras congestionadas de Marsella. Llegó hasta el viejo puerto, en donde buscó una taberna de marineros, con la intención de beber hasta embriagarse. Pidió, sin conciencia, algunas garrafas de cerveza y también de vino. Así lo sorprendió la noche, en una Masilia endiablada. Y no pudo comer en medio del aquelarre que casi lo tumbó por tierra. Sin embargo, hacia la media noche, obseso, buscó la gomorra marsellesa y se perdió entre calles muy angostas, resbalosas y puercas, ansiosa de que alguien le saliera al encuentro, para robarle o apuñalearlo.

Por todas partes oía en su insensatez, voces femeninas que le decían:

—Entra, solcito de mi vida; entra y verás como te haré olvidar tus penas, cosita mia . . . Las hembras del puerto fenicio, sentadas en la acera sobre empajados y rústicos pisos, recubiertas apenas con camisas de noche, en la caldeada atmósfera del mistral, pintarrajadas como perras de la música, cubiertas sus cabezas con gorras de bebé; con labios incendiados por el rouge y ojeras verdosas; emperifolladas; éncintadas; mostraban, a los escasos transeúntes viciosos, todas sus desnudeces y hasta el monte de venus, cuando era necesario hacerlo.

Algunas de ellas, vejanconas, vestían como novicias alum-

nas, de colegios religiosos, atando con frondosas ligas floreadas, las medias por debajo de las rodillas. Y eran todos cuartos estrechos, tras de cuyas puertas simétricas se divisaba, irremisiblemente, un biombo y un catre de bronce, rodeado de santos o de estampas sicalípticas. Los policías de esclavina y quepí, aparejados, charlaban con ellas amistosamente. Una mujer muy gorda, vestía también de nena, se interpuso y dijo al chileno—«Mi «cocotte» adorado, amorcito mío, ven, pasa, que puedo mostrarte el cine más sensacional que hay en Francia. Verás los amores en un harem; verás los eunucos castigados por el sultán, que es dueño de cien mujeres hermosas, lo verás todo de cerca y de lejos...»

Sobre la cabeza de esta maritornes, en plena decrepitud, leíase efectivamente, un letrero que decía: Cinema Venus; dancing; piezas para huéspedes. Dos soldados senegaleses gigantes y borrachos, le gritaron a Roberto; especie de cuyón... ¿matémoslo?, Más allá, tres marineros chinos le dijeron algo que no pudo comprender, pero que terminó con estridente carcajada, en un enigmático terceto de vocales.

Paróse por fin en una esquina. Nunca había imaginado en su conciencia, ya un poco lúcida, un suburbio maldito, como el que tenía ante sus ojos. Miró nervioso hacia arriba en la oscuridad. Las casas de cuatro y cinco pisos, se unían por lo alto, en estrechísimas calles por medio de arcos y las ropas tendidas flameaban de un lado a otro como banderas patrias, entre aquellos pútridos callejones. De súbito, detúvose nuevamente sobre cogido. Junto a la puerta de una casa, una carroza fúnebre aguardaba a un muerto. Y era seguramente el cadáver de un párvulo, porque todo estaba pintado de blanco; los caballos blancos; las riendas blancas; las flores y las cintas blancas. Una vieja edentada se le acercó para decirle: —¿Monsieur? ¿sabe lo que es esto? Un entierro del hijo de la madre soltera ¿comprende?, y riendo a carcajadas continuó—Sí, ella sola irá luego detrás de esta carroza.

A la una de la mañana, aquel escenario cobró otro aspecto. De todas partes, en la semi-obscuridad de aquellas tortuosas callejas, ásperamente empedradas, los habitantes arrojaban las basuras de alto a bajo gritando: —«Allá va, guarda abajo». Y unas brujas, provistas de largas escobas, iban acumulando los fétidos desperdicios en las esquinas, donde luego centenares de ratones, gatos y perros hambrientos, en amigable consorcio, satisfacían sus apetitos. Las aguas servidas, enturbiadas por la lavaza, manaban de todas las viviendas, para seguir libremente su curso a lo largo de cunetas abiertas.

A las tres de la mañana Roberto, victimado de morboso relajamiento, se metió de nuevo en una taberna. Un piano mecánico tiritaba todo entero a los aires del Danubio Azul. Había muchísimo humo; unos marineros españoles blasfemaban obscenidades, mientras la virgen santísima y dios, jugaban a los naipes.

Ya tenuemente clareaban los primeros albores del nuevo día cuando Roberto salió a la calle en demanda de una cama de hotel. Su Chile estaba demasiado lejos.

Media hora antes de las siete de aquella otra tarde estival, Roberto comenzó a pasearse, correctamente vestido, bajo el peristilo del gran teatro. A la hora precisa de la cita, llegó ella de riguroso luto. —«¿Qué puntuales hemos sido, verdad?» interrogó sonriente; hemos tenido suerte agregó; mi familia ha salido por tres días a las playas de Niza y puedo sentirme libre de toda preocupación doméstica.

Ante la invitación de Roberto, Adrienne repuso: —¿le parece que estaríamos tranquilos en Chez Margueritte? Allí se come muy bien interrumpió él, pero ella agregó, un poco azorada: —«Amigo mío, si en ese local me conoce todo el mundo y casi no me atrevo... Sin embargo, pasando de la duda a la resolución, afirmó: —He dado a usted mi palabra de honor y no podrá negarme.

Adrienne y Roberto encaminaron lentamente sus pasos y pronto estuvieron en el famoso restaurante. La blanca y pletórica dueña, los recibió con elegancia y coquetería. Se traclucía en su cuarentena gloriosa, a la mujer otoñal admirable, de torso consistente y brazos llenos y besables. Les había reservado uno de los departamentos más silenciosos e independientes. La mesa se hallaba puesta; dos ramos de lilas decoraban un mantel de encaje de Irlanda. Las servilletas, en immaculada blancura, eran alas de mariposas abiertas y tremolantes sobre las copas de bacarat.

La langosta a la americana y ocho pocillos policrómicos con «hors d'oeuvres» entre cuyo contenido sabroso, no escaseaba el caviar, hicieron su aparición junto a un balde plata, en que se codeaban dos botellas de grandes vinos de la Gironda.

—«Néctar de las cortes y de los reyes», dijo entonces Madame Margueritte; —¡Ah, sólo nosotros hemos logrado obtener el de esta cosecha famosa de 1914! En cuanto al menu, puedo asegurarles, que el propio Rey de España lo ha comido aquí y, alargó una cartulina, con márgenes doradas, en que toda la exquisitez del mundo gastronómico y amoroso, parecía desafiar las falaces angustias de la vida.

* * *

—«Mi pobre amigo», comenzó diciendo ella, tan pronto la patrona corrió una amplia cortina, que aisló a la pareja del resto intruso de la concurrencia.

«¡No sabe usted cómo he pasado de preocupada desde ayer, pensando en usted! ¿Cómo pudo imaginarse que existiera en Francia una mujer tan cruel que no se hubiera visto obligada a tenderle la mano cariñosa a ún hombre que le pedía su amparo? Aquí estoy, contrariando los principios fundamentales y estrictísimos de nuestras costumbres provincianas, que son una verdadera religión, en el seno de nuestras viejas familias. Me ex-

pongo, voluntariamente, a críticas acerbas, porque estoy convencida de que esta noche enjugaré más de alguna lágrima.

Los platos sucedíanse traídos por las manos enguantadas de blanco, de un gallardo garzón, que anunciaba cada nuevo guiso, en voz baja, pero convincente. Y fué pronto Roberto quien sorprendió a Adrienne con la revelación sentimental, origen de sus casi infantiles padecimientos.

—«Tan brusco, tan terrible fué aquel golpe, insistió, que no creo pueda restablecer jamás el equilibrio de mis facultades. Estoy ahora solo; completamente solo, lejos de mi patria, porque mi mujer me abandonó con una saña casi criminal. Yo la amaba con locura. Creí que mi vida entera, inalterablemente, iba a ser lo que había sido siempre, un dulce calvario; quiero decir, que me había habituado en tal forma a mis desvelos e inquietudes, a cierta permanente indiferencia de parte de ella hacia mí, que llegué a justificar sus silenciosos desdenes; que llegué hasta el extremo de acariciar y amar todo eso, como un fanático podría amar un cilicio. Esa mujer un día me abandonó. No sé cómo decírselo a usted; es absurdo. Todos traemos a la vida un bagaje de amor que debemos saber controlar; pero yo no lo pude hacer. Y ahí está mi estupidez. Llegué una tarde a casa y me encontré con un sobre cerrado en mi escritorio. Y Roberto sacó una carta ajada de uno de sus bolsillos y la puso en manos de su nueva amiga, para que la leyera. Decía con sádico lacnismo: —«No te amo; no te he amado nunca. Tu hija nació por un mero accidente sexual. Ahora estoy embrujada por X. Con él me voy para siempre y me la llevo. Todos tenemos el sagrado derecho de hacer nuestras vidas. Adiós».

Los grandes ojos de Adrienne se pusieron brillantes. Tras de un breve silencio, ambos se miraron fijamente y ella repuso: —«Es usted un gran niño de cuarenta años, mi pobre amigo. Esto no es posible. Hemos sufrido los dos en igual forma y por eso comprendo mejor que nadie sus angustias. Seré su enfermera repleta de corazón. Vamos, déme usted sus manos y escúcheme.

Soy el reverso de la medalla, cuya efigie bien definida es la cabeza de un hombre que llora, mientras acarició su suave y frondosa cabellera.

Roberto, al escuchar estas últimas palabras, se irguió y la miró intensamente. Luego ella insistió: —«Soy la otra cara de la medalla. Era yo muy dichosa. Me casé muy joven. Mi marido era más bajo que usted, menos locuaz, casi terco con otras personas; se llamaba Jacques y fué oficial de reserva. Estalló la gran guerra del 14 y partió al frente, como capitán de un regimiento de artillería. Un año después, me llegaron las primeras noticias. Se hallaba herido de gravedad, en un hospital de París. Partí desesperada y, entre soldados rudos, en un vagón de tercera clase, cuyos vidrios habían sido rotos intencionalmente, por ellos mismos, en pleno invierno, transida de frío, sin comer, durante interminables horas, llegué a la capital. Lo busqué afanosamente por todas partes; pero las señas no coincidían. Por fin supe donde se hallaba. Llegué hasta allá. Me había cubierto la cara con un velo espeso para darle una sorpresa. Una monja de caridad me ayudó en este trance doloroso, indicándome, con cara angustiada, la cama. Me aproximé con cautela. Allí dormitaba todo fajado, pero no estaba solo. Una enfermera de aspecto extranjero le tenía tomadas las manos. Jacques, al darse cuenta de mi presencia, clavó sobre mí sus ojos iracundos; para decirme en seguida cosas tan crueles, tan terribles, repitiéndome ante esa mujer, que no me amaba, que amaba a la otra, y que no volvería nunca más a casa; que regresara yo, junto a mis padres; que cuidara de mis dos hijos y que no me preocupara nunca más de él... Yo me desmayé. Me sacaron inconsciente de ese sitio y no lo volví á ver hasta que lo trajeron a nuestra ciudad, gaseado y tuberculoso, al sanatorio de los desahuciados. Y fuí a verlo; y me pidió perdón y lo perdoné. Me constituí en la enfermera abnegada y solícita, que lo asistió durante días y noches, horribles días y más horribles noches, hasta que murió desesperado en brazos de su madre, junto a mí.

Ahora trabajo para subsistir. Soy una modesta asalariada de uno de mis antiguos empleados domésticos, que se enriqueció con la guerra. Y Adrienne Isoar se puso a llorar amargamente.

* * *

El prudente garzón había traído entretanto el chateau con berros y nuevamente los visitaba Madame Margueritte quien les preguntó risueña: —«¿Están contentos? Una botella de champaña vacía, se recostaba sobre la camilla de paja trenzada, entre telarañas de antigüedad.

Hacia la medianoche salieron de allí. Una luna menguante los miró suspectivamente, mientras Adrienne, tomada del brazo de Roberto, lo condujo por una calle muy larga y recta, sin aceras, malamente alumbrada, hasta detenerse ante una puerta antiquísima, para abrirla con una llave muy grande, que llevaba dentro de su maletín.

—«No hagas ruido, le dijo tuteándolo e imponiendo silencio con un dedo puesto sobre sus labios. Esta es mi casa, mejor dicho, la casa de mis padres ausentes. Entra conmigo».

Un zaguán obscuro bostezó con vinoso aliento de bodega. Parecía una boca de mina y por ahí penetraron ambos sigilosamente, encendiendo cerillas. A la derecha, otra pequeña puerta daba acceso a una escala angosta, cuyas gradas de piedra, tres siglos habían desgastado. Adrienne también la abrió para penetrar luego a un vestíbulo recargado de muebles luisescos. Grandes espejos, con marcos desdorados, los miraron desconfiadamente. Dos ladrones no habrían violado con mayor tino aquella casona ciega, ajena y solitaria. A tientas, siguiendo los cautelosos pasos de Adrienne, llegó Roberto, a través de galerías tenebrosas, hasta un antiguo comedor, que olía a frutas maduras. Por ahí pasaron, iluminando intermitentemente su camino, hasta llegar a un patio cubierto de vidrios, una de cuyas entradas daba acceso al dormitorio de los antiguos esposos Isoar.

—«Cuidado, secreteó ella; no hagas el menor ruido. Cualquiera descuido nos puede perder. También dentro del aposento conyugal se sentía ese mismo pronunciado hálito de humedad remota.

Adrienne encendió entonces una vela. Tiró sobre un sofá su pequeño sombrero suspirando. —«¡Por fin estamos aquí! ¡Qué dicha! Ponte cómodo; haz cuenta que estás en tu propia casa, te lo ruego; y se sentó, estirando sus brazos desnudos y dejando colgar hacia atrás su espléndida cabellera. Estamos solos, completamente solos. Roberto, junto a ella, en un impulso frenético e incontenible, se arrodilló luego para besarla, mientras sus músculos endurecidos, lo llevaban a un paroxismo.

* * *

Repetidos golpes dados en el aldabón de la puerta de calle, los volvieron a la realidad. Despertada Adrienne súbitamente, saltó del lecho desnuda; cogió una bata carmesí y corrió hacia una ventana de ese segundo piso para abrirla y mirar hacia afuera.

El vecino Emette, era quien había provocado aquella alarma insólita. Pero, al verla rió de buena gana y le dijo: —Madame, en vista de que usted no salió, como de costumbre lo hace, puntualmente a las ocho, para ir a su ocupación, mi esposa madame la conserje, me convenció de que podía estar usted enferma, o haberse muerto de algún ataque. Eso ha sido todo y perdónenos por favor ya que la veo más hermosa y radiante que ayer...

Y la campana gangosa de la gran torre de Saint Etienne, dió las doce de ese fulgurante día de verano.